

# Afganistán: por qué debemos culminar la misión

CARME CHACÓN

LA VANGUARDIA, 3.11.08

Nuestras fuerzas armadas están desplegadas hoy en diferentes lugares del mundo. Aunque cada misión tiene sus propios objetivos, todas comparten tres rasgos: responden a nuestras necesidades en materia de seguridad nacional y global, son perfectamente conformes a la legalidad internacional y se enmarcan en dispositivos basados en el multilateralismo y la Carta de las Naciones Unidas.

Es el caso de Afganistán. Millones de personas en todo el planeta asistimos en directo el 11 de septiembre del 2001 a los atentados terroristas más brutales de todos los tiempos; nuestro sentimiento de solidaridad con las víctimas de aquellos atentados fue instantáneo. Pronto supimos que estábamos ante una acción perpetrada por terroristas islamistas de la corriente de Al Qaeda. Y supimos que cientos de sus dirigentes y activistas - incluido su líder, Osama bin Laden-, así como los campos de entrenamiento y los depósitos de armas, se encontraban en Afganistán.

Pocas semanas después, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas instó a la comunidad internacional a intervenir en Afganistán para detener a los terroristas de Al Qaeda, deponer el régimen de los talibanes y situar a ese país en la senda de la libertad, la seguridad y la dignidad. Las razones eran obvias: desde ese país y con el apoyo de su gobierno se había orquestado el 11-S. Es más: Al Qaeda se jactaba públicamente de su intención de repetir tal atrocidad en muchos otros países, algo que, directamente o a través de asociados o simpatizantes,

terminó haciendo en Casablanca, Bali, Estambul, Londres y Madrid, entre otras ciudades. La comunidad internacional intervino en Afganistán porque Afganistán ya había intervenido violentamente en nuestras vidas convirtiéndose en la principal amenaza para la seguridad de todos y cada uno de nosotros.

Desde la resolución 1378, de 14 de noviembre del 2001, que establece las bases para la futura misión de ISAF, pasando por la resolución 1386, de 20 de diciembre de ese mismo año, que aprueba el mandato de ISAF, hasta la más reciente, la resolución 1833, de 22 septiembre del 2008, son numerosos los acuerdos de la ONU que han ido avalando de modo explícito todos los pasos de la coalición internacional en Afganistán. La conferencia de Bonn del 2001 y las sucesivas reuniones internacionales al más alto nivel, como la conferencia de Londres de enero del 2006 o la más reciente de París, celebrada en junio de este año, han intentado sentar las bases de una gestión del conflicto y de una solución duradera de este, atendiendo a un principio: dar protagonismo a la población afgana, proporcionar una estructura de apoyo y acompañamiento de las instituciones públicas afganas, evitar toda tentación de suplantación de estas a cargo de la comunidad internacional. En suma: la afganización de la intervención y el apoyo a la reconstrucción a través de los PRT (equipos provinciales de reconstrucción), única estrategia que puede dar frutos a largo plazo.

En la provincia de Badghis, en el noroeste, donde España lidera el proceso, el esfuerzo de estabilización ha sido muy intenso, y a pesar de sus muchas dificultades - que no pretendemos negar ni minimizar-, su rendimiento ha sido elevado, apoyando y acompañando el muy meritorio esfuerzo de nuestros cooperantes de la Aecid.

Ciertamente estas constataciones no pueden extrapolarse al conjunto de Afganistán, pues la situación de seguridad es sumamente desigual a lo largo y ancho del país. Es cierto que la situación en ciertas zonas se ha deteriorado en los últimos tiempos. Han rebrotado focos de violencia talibana en numerosos puntos, y la situación en la frontera con Pakistán es compleja. Además, el cultivo de opio ha resurgido, y una parte de la población local manifiesta impaciencia ante la demora en la resolución de sus problemas cotidianos.

Abandonar Afganistán no es una opción razonable. Sería como desentenderse de un paciente en mitad de una operación que puede salvarle la vida a él y a muchos otros, incluidos los propios cirujanos. Pero se precisa, eso sí, un replanteamiento de la actuación de las fuerzas internacionales. Ese replanteamiento requerirá una mejora de la coordinación bajo el liderazgo de las Naciones Unidas; exigirá extremar la atención para evitar a toda costa bajas civiles; reclamará una implicación mayor de los países vecinos de Afganistán, que tienen sus propias preocupaciones y sus propios intereses, y demandará una mayor exigencia a las autoridades afganas, tanto las centrales como las provinciales y las locales. Y es posible que ese replanteamiento exija incluso intensificar nuestra presencia.

¿Quedarse para siempre? No, en absoluto. Permanecer sólo hasta culminar una misión que se inició hace siete años. Entonces, ¿hasta cuándo? Hasta que el Gobierno afgano pueda hacerse cargo de la situación. Como ha ocurrido en Bosnia, donde, tras muchos años de presencia española e internacional, el fin de la operación militar está próximo.

Esta es la única opción sensata en una estrategia de seguridad integrada que apuesta por el largo plazo. Sobre todo, si consideramos que nuestra propia seguridad depende de una mejora de la seguridad global.

Afganistán es uno de los lugares del mundo donde está en juego esta estrategia. Del éxito de esta misión depende la seguridad del planeta; es decir, también nuestra propia seguridad.